

## 2. EL CONOCIMIENTO CONVENCIONAL

En esta sección quisiera presentar un resumen general de algunos de los últimos descubrimientos realizados por la psicología y la psiquiatría convencional, especialmente de aquellas escuelas que han ido adoptando progresivamente una perspectiva cada vez más *evolutiva* como la teoría de las relaciones objetales, la psicología del self y la psicología psicoanalítica del ego. Resumiremos ahora brevemente los diferentes estadios de desarrollo del self que nos ofrecen estas escuelas y, dado que se hallan *especialmente interesadas en la psicopatología y en su tratamiento*, comenzaremos a prestar atención a la patología y a su génesis.

Al final de esta sección, veremos la forma en que los distintos descubrimientos realizados por las escuelas psicológicas convencionales se adecuan al espectro global que hemos bosquejado en el primer capítulo. Anticipemos, sin embargo, que en términos generales, las escuelas convencionales coinciden en afirmar la existencia de tres amplios niveles o estadios del desarrollo en el reino prepersonal (es decir, hasta llegar y superar la

fase edípica, alrededor de los 5 ó 7 años). Intentaré demostrar también que esos tres niveles se alcanzan a medida que el self gestiona los tres primeros peldaños fundamentales del desarrollo que nos muestra la Figura 1. La psicología y la psiquiatría convencional han investigado detalladamente estos tres estadios generales (y sus numerosos subestadios) y también han intentado demostrar que una «lesión» evolutiva en un determinado estadio del desarrollo tiende a provocar un determinado tipo de psicopatología. Intentaremos resumir esta investigación y luego trataremos de mostrar su correspondencia con el modelo espectral global que hemos esbozado en el primer capítulo. Esta integración o síntesis será la que nos servirá de trampolín para la argumentación que presentamos en la segunda y tercera parte del libro.

La siguiente sección es necesariamente técnica y, por consiguiente, puede resultar algo difícil. Recomendamos, pues, a quienes se hallen poco familiarizados con la psicología psicoanalítica del ego, que prosigan la lectura en la última sección de este capítulo -en la que presentamos un resumen no técnico de los siguientes apartados- y que la retomen luego desde este punto.

### *Las dimensiones evolutivas de la psicopatología*

Durante las dos últimas décadas se han multiplicado las teorías y las investigaciones realizadas por la psiquiatría psicoanalítica convencional, especialmente en el ámbito de tres escuelas muy relacionadas conocidas con los nombres de psicología psicoanalítica evolutiva (Mahler, 1975; Kernberg, 1975; Blanck & Blanck, 1979);

teoría de las relaciones objetales (Fairbairn, 1954; Winnicott, 1965; Guntrip, 1971) y psicología del self (Kohut, 1971). Las elogiosas afirmaciones realizadas con respecto a estas escuelas testimonian explícitamente el interés y el entusiasmo que han despertado: «un verdadero salto cuántico en la comprensión de la psicopatología» (Masterson, 1981); «el principal hallazgo en la investigación de los problemas de la personalidad realizado en este siglo» (Guntrip, 1971). En nuestra opinión, algunos de estos descubrimientos son tan extraordinarios que ninguna psicología verdaderamente comprehensiva -incluida la psicología transpersonal- debería dejarlas de lado. Hay que decir también que adolecen de ciertas limitaciones y distorsiones que los descalifican para fundamentar, por sí mismos, una psicología evolutiva *comprehensive*. Intentaremos, pues, subrayar los aspectos más importantes de estos descubrimientos sin olvidar tampoco mencionar sus limitaciones e incluso sus puntos débiles.

El principal adelanto, por así decirlo, ha tenido lugar en la investigación y el tratamiento clínico de los llamados trastornos borderline y narcisistas. Estos desórdenes difieren fundamentalmente de las psiconeurosis clásicas (histeria, neurosis obsesivo-compulsivas, o neurosis de ansiedad.) ya que, mientras que en las primeras existe un conflicto o represión *dentro* de la estructura del self (el ego, por ejemplo, *reprime* algún impulso del id) en la condición borderline o narcisista, por el contrario, casi no existe estructura alguna que pueda llevar a cabo la represión. Así pues, en los trastornos borderline o narcisistas, la estructura del self (o sistema del self) es tan débil, tan subdesarrollada y tan fluida que el self se halla fundido y confundido con sus representaciones ob-

jetales y se siente abrumado por el temor a ser engullido o aniquilado por el mundo, o bien trata a las personas y a los objetos como meras prolongaciones de su propio self grandioso, fundido con el mundo. El término «borderline», por tanto, significa que el síndrome es fronterizo entre la neurosis y la psicosis, que existe un continuo global de severidad creciente que va desde el neurótico, hasta el borderline neurótico; el borderline, el borderline psicótico y el psicótico (Blanck & Blanck, 1979; Gedo, 1979; Tolpin, 1971).

Tradicionalmente se ha considerado que los síndromes borderline y narcisistas no responden bien a las técnicas psicoanalíticas o psicoterapéuticas estándar. En cierto modo, sin embargo, el reciente «salto cuántico» ha permitido el desarrollo de modalidades terapéuticas que han demostrado ser sorprendentemente eficaces para tratar esas condiciones patológicas. Estas modalidades de tratamiento proceden de tres vertientes de investigación estrechamente relacionadas: 1) una descripción clínica detallada de las «transferencias arcaicas» de los pacientes borderline-narcisistas (encabezada por Kohut [1971]); 2) las sofisticadas reformulaciones teóricas de los primeros estadios del desarrollo (0 a 3 años) y la consiguiente visión de la patología como un estancamiento o una distorsión evolutiva de niveles de organización estructural cualitativamente diferentes (Spitz, 1965; Jacobson, 1964; Mahler, 1975; Kernberg, 1976; Masterson, 1981, Blanck & Blanck, 1974); y 3) una observación y una descripción extraordinariamente meticulosa de los primeros años del desarrollo infantil (en la que destaca la meritoria y pionera investigación llevada a cabo por Margaret Mahler).

El trabajo de Mahler y sus colaboradores ha sido tan capital para facilitar nuestra comprensión de los primeros estadios de desarrollo del self y para iluminar la etiología de los síndromes borderline-narcisistas, que vendrá resumir brevemente sus descubrimientos fundamentales.

### *El desarrollo infantil: el trabajo de Margaret Mahler*

En casi dos décadas de lo que sólo podemos calificar adecuadamente como una espléndida investigación clínica, Margaret Mahler llegó a la conclusión de que el desarrollo de la estructura del self del niño (0-3 años) atraviesa tres fases: autista, simbiótica y separación-individuación, la última de las cuales se divide en cuatro subfases: diferenciación, ejercicio, reaproximación y consolidación, originando así seis estadios globales. Veamos brevemente estos estadios en orden cronológico (todas las citas que siguen proceden de Mahler, 1975):

1. Fase *autista* (0-1 mes). «En las primeras semanas de vida extrauterina, el neonato se comporta como un organismo meramente biológico cuya respuesta instintiva a los estímulos es casi exclusivamente refleja y talámica. Durante esta fase sólo podemos hablar de un aparato egoico primitivo y no integrado, de mecanismos de defensa puramente somáticos y de reacciones de desbordamiento y descarga que cumplen con la única función de recuperar el equilibrio homeostático. En este estadio, la libido es predominantemente visceral y no existe discriminación alguna entre exterior e inte-

rior.» Mahler se refiere a este estadio como un «sistema monádico cerrado», una «matriz primordial indiferenciada».

2. Fase *simbiótica* (1-5 meses). «A partir del segundo mes, el niño se comporta y funciona como si él y su madre fueran un sistema onnipotente, una unidad dual que comparte la misma frontera.» Se trata de un «estado de indiferenciación, de fusión con la madre, en la cual el "yo" todavía no se ha diferenciado del "no-yo" y en la que el interior y el exterior sólo son experimentados como algo diferente de manera gradual». En este estadio, el niño se comporta como si no pudiera diferenciar claramente su cuerpo sensorio-físico del cuerpo de su madre y del entorno que le rodea. «El rasgo fundamental de la simbiosis es la fusión somatopsíquica onnipotente con la representación de la madre y, en particular, la ilusión de que dos individuos físicamente separados comparten una frontera común.»

3. Subfase de *diferenciación* (5-9 meses). Este estadio se caracteriza por lo que Mahler llama «salida del cascarón». Se trata de un estadio en el que el *cuerpoself sensorio físico* del niño «sale del cascarón» o despierta de su unidad previa, simbiótica y dual con su madre y el entorno sensorio-físico. En este estadio «todos los niños normales intentan dar los primeros pasos para separarse, *corporalmente hablando*, de su -hasta entonces- completamente pasiva inmersión en la infancia... A partir de este momento existen signos concluyentes de que el bebé comienza a diferenciar su propio cuerpo del cuerpo de su madre».

Adviértase que esta diferenciación consiste fundamentalmente en una diferenciación del *cuerpoself* sensorio-físico del entorno físico que le rodea porque la mente del niño (la mente propia del nivel fantásmico) y sus sentimientos (correspondientes al nivel emocional-sexual) todavía *no se han diferenciado* del entorno. El niño existe como *cuerpoself* sensorio-físico distinto pero no como *self* emocional-fantásmico *distinto* porque las imágenes emocionales del *self* y las imágenes de los objetos emocionales todavía permanecen fundidas y confundidas. Como veremos más adelante, el verdadero «nacimiento psicológico», la verdadera separación-individuación, sólo tiene lugar en la subfase de reaproximación.

4. Subfase de *ejercicio* (9-15 meses). Este estadio es significativo porque parece marcar el punto culminante del narcisismo grandioso-exhibicionista, en la que el mundo, como dijo Mahler, es «la concha del niño pequeño». «La catexia libidinal cambia sustancialmente al servicio de un ego cada vez más autónomo y de sus funciones y el niño parece embriagarse con sus propias facultades y con la grandeza de su propio mundo. ¡El narcisismo se halla ahora en su cúspide! El niño está entusiasmado con sus propias capacidades, permanece continuamente absorto con los descubrimientos que hace en este nuevo mundo más amplio y se halla cuasi enamorado del mundo y de su propia grandeza y onnipotencia». Según Blanck & Blanck (1979), en este estadio «el *self* continúa aumentando su importancia por una especie de absorción mágica de un mundo cada vez mayor en sus imágenes». Técnicamente hablando, el *self* y las representaciones objetales siguen siendo todavía una unidad fundida.

5. Subfase de *reaproximación* (15-24 meses). Según Mahler, este estadio es crucial para el desarrollo futuro porque en él tiene lugar la primera diferenciación fundamental entre el self y las representaciones objetales. Esto supone la emergencia de un *self emocional fantástico separado y distinto*, claramente diferenciado de sus representaciones objetales emocional-libidinales. Se trata, en otras palabras, del «nacimiento psicológico del niño humano». Conceptualizándolo con nuestro esquema de las estructuras básicas diríamos que primero tiene lugar el nacimiento puramente biológico luego el nacimiento de un cuerposef sensorio-perceptual (la fase de «salida del cascarón») y más tarde el nacimiento de un self emocional-fantástico diferenciado, un self «psicológico» (la crisis de reaproximación).

Paralelamente a este nacimiento, existe una marcada pérdida de la fusión confusa narcisista, grandiosa y omnipotente, entre self-y-objeto, característica del estadio anterior (ejercicio), y un correlativo aumento de la vulnerabilidad a la angustia de separación y la depresión de abandono. «La inflación narcisista propia de la subfase de ejercicio va siendo reemplazada lenta y gradualmente por la comprensión creciente de la separación [fantástico-emocional] y de su correspondiente vulnerabilidad. Este período suele culminar en una crisis transitoria de reaproximación que tiene un gran significado evolutivo» porque el niño «debe renunciar gradual y dolorosamente a la ilusión de su propia omnipotencia». Ahora existe un self separado y, por consiguiente, también existe un otro separado (el mundo ha dejado de ser su concha). Los investigadores suelen decir que en este estadio el niño ha sido ya expulsado del paraíso.

Pero aunque el cuerpo-mente emocional-fantástico

del niño se haya diferenciado ya del «otro», su mente y su cuerpo todavía no se han diferenciado y permanecen fundidos en una unidad. Como veremos más adelante, esta fusión entre el cuerpo y la mente sólo termina diferenciándose en el estadio edípico.

6. Fase de *consolidación y constancia del objeto emocional* (24-36 meses). La última subfase de este proceso consiste en la consolidación del proceso de separación-individuación y en el logro de la «constancia del objeto emocional-libidinal». Este estadio suele caracterizarse normalmente por: 1) la diferenciación clara y relativamente duradera entre el self y las representaciones objetales; 2) la integración de las distintas imágenes parciales del self en una representación global del self (que incluye tanto los aspectos «buenos» como los aspectos «malos» del self); y 3) la integración de las distintas imágenes parciales de los objetos en una representación global del objeto (que incluye tanto los aspectos «buenos» como los aspectos «malos» de los objetos emocional-libidinales).

Éstos son, según Mahler, los seis estadios normales del nacimiento psicológico del ser humano.

### *El fulcro del desarrollo: el trabajo de Blanck & Blanck*

Mahler ha presentado mucha evidencia clínica (1975) respecto de que el principal factor etiológico de las psicosis infantiles se asienta en una «lesión» evolutiva en las fases autista o simbiótica que impiden que el niño «salga del cascarón» y emerja como un cuerposef sen-

sorio-físico separado. En tal caso, el niño permanece en el «sistema monádico cerrado» característico de la fase autista o fundido con la «unidad dual omnipotente» propia de la fase simbiótica.

Sin embargo, Mahler cree que la etiología de los síndromes borderline o fronterizos radica en una lesión en la subfase de reaproximación. En este caso, la estructura del self no consigue diferenciarse y separarse claramente de la unidad fundida, grandiosa y omnipotente, propia de las subfases previas simbiótica y de ejercicio. Este estancamiento o lesión evolutiva en la estructuración del self deja, por tanto, al borderline expuesto a la absorción emocional, a la inundación y a la fusión pánica entre el self grandioso y el objeto grandioso. Estas irregularidades tan primitivas dejan al borderline en un nivel de estructuración del self tan rudimentario que no puede acceder a los mecanismos de defensa neuróticos superiores (represión, racionalización y desplazamiento) y queda, por consiguiente, atado a mecanismos de defensa menos que neuróticos (especialmente la división, la negación, la introyección y la proyección).

Por otra parte, como resumen Blanck & Blanck (1979), «si la fase simbiótica y las subfases de separación-individuación son experimentadas adecuadamente, el niño consigue alcanzar la verdadera identidad, es decir, la diferenciación ente el self y las representaciones objetales y la capacidad de conservar la representación del objeto independientemente de sus necesidades (es decir, la "constancia del objeto emocional"). De este modo, el proceso de la estructuración termina conduciendo a la normalidad o, en el peor de los casos, a la neurosis, evitando así la posibilidad de una patología borderline». En este sentido, si se alcanza y se gestiona adecuadamente

el estadio de separación-individuación, la estructura del self consigue la fortaleza y la individualidad necesarias para poder crear una neurosis. En tal caso, el sujeto puede afrontar e incluso superar adecuadamente la fase edípica (normalidad) o de modo inadecuado (psiconeurosis). Por el contrario, si la fase de separación-individuación no se supera adecuadamente, el self individual permanece en un estadio borderline «cuyo nivel de estructuración es menos que neurótica».

La fase de separación-individuación, en general -y la subfase de aproximación, en particular- es tan fundamental que Blanck & Blanck (1979) la denominan «el fulcro del desarrollo» y lo representan con un diagrama al que denominan «diferenciación sujeto-objeto», similar al de la Figura 3.

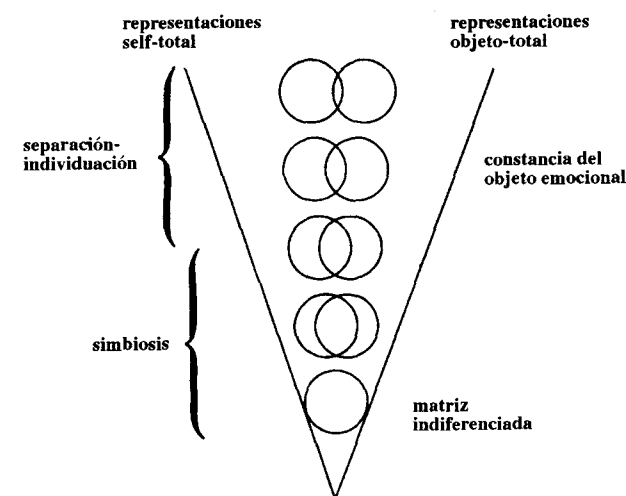
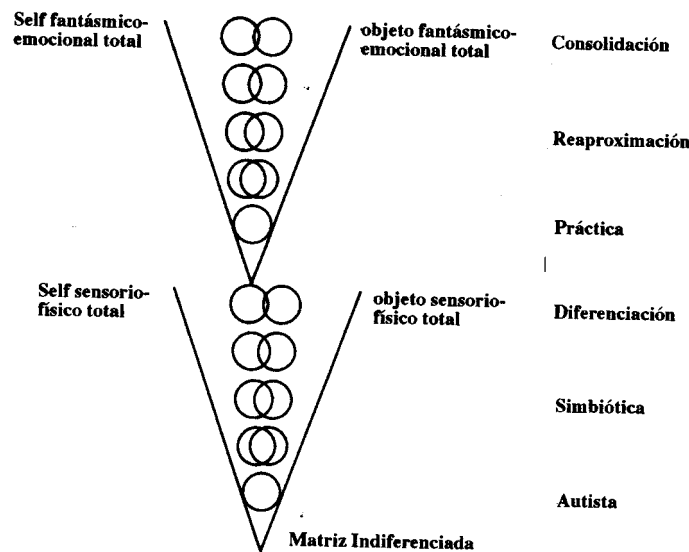


Figura 3

«Diferenciación del sujeto-objeto» según Blanck & Blanck (1979)

En realidad, este diagrama constituye uno de los principales descubrimientos del reciente «salto cuántico» en la teoría del ego y en la teoría de las relaciones objetales. Pero este diagrama no sólo es aplicable a la separación-individuación del self emocional-fantásmico, sino también a la diferenciación, o «salida del cascarón», *previa* característica del cuerpoself sensorio-físico. Blanck & Blanck -y, de hecho, la mayor parte de los investigadores del desarrollo- no enfatizan suficientemente que se trata de dos niveles de diferenciación *cualitativamente diferentes* y que, por consiguiente, no deberían ser representados como un solo continuo -como hacen Blanck & Blanck- sino como dos continuos diferentes



**Figura 4**  
**Diferenciación del Self en los fulcros 1 y 2**

-como mostramos en la Figura 4. De este modo, el primer fulcro conduce a la constancia del objeto *físico* mientras que el segundo, por su parte, aboca a la constancia del objeto *emocional*.

El primer fulcro (autista, simbiótico y subfase de diferenciación) es el estadio de «salida del cascarón», un estadio durante el cual el sistema del self debe negociar la emergencia de las estructuras básicas física y sensorio-perceptual. En el caso de que la «salida del cascarón» fracase, el self permanece atado a su propia esfera autista y es incapaz incluso, en el peor de los casos, de diferenciar su self sensorio-físico del entorno sensorio-físico (psicosis autistas y simbióticas) y, consecuentemente, no puede alcanzar el segundo fulcro fundamental, el fulcro de la separación-individuación fantásmico-emocional.

En el caso de gestionar adecuadamente este fulcro, el organismo sensorio-físico consigue diferenciarse del entorno sensorio-físico. A partir de ese momento, el self entra en el segundo fulcro del desarrollo, en el que debe gestionar la emergencia y el desarrollo de la siguiente estructura básica de existencia, la emocional-fantásmica. En tal caso, la nueva diferenciación no tiene ya lugar entre el organismo y el medio, sino en el interior mismo del organismo, es decir, se trata de una diferenciación entre las imágenes internalizadas del self y las imágenes internalizadas del objeto. En la Figura 4, representamos esta situación ubicando al segundo fulcro sobre el borde izquierdo del primero. Este diagrama también indica que, en este punto, tiene lugar la *emergencia* de la siguiente estructura básica y superior propia del self fantásmico-emocional. Es precisamente esta nueva emergencia la que conduce a una fusión nueva y supe-

rior que deberá separarse-diferenciarse en un nivel de estructuración del self nuevo y superior (en este caso, el segundo fulcro).

Los trabajos de Edith Jacobson (1964), Mahler (1972) y Spitz (1965) admiten este tipo de interpretación. Como señaló Abend (1983), «el trabajo de Jacobson subraya que [en el estadio temprano autista-simbiótico] no existe una clara diferenciación entre [el niño] como entidad [corporal] separada y el mundo externo. En este estadio, el niño todavía no puede ser consciente de que la tensión procede de su propio cuerpo ni de que la gratificación o eliminación de su tensión psicológica sólo depende de él [es decir, durante el primer fulcro]. Gradualmente, sin embargo, van apareciendo *imágenes mentales* [fantásmicas] del self y el mundo externo [la emergencia del segundo fulcro] junto a las percepciones *sensoriales* del self y del otro [primer fulcro]. Sin embargo, este último estadio [es decir, el segundo fulcro], es el único en el cual puede distorsionarse [fundirse o confundirse] la representación del self y la representación objetal como resultado de mecanismos proyectivos e introyectivos». Este segundo fulcro, en otras palabras, supone un estado de fusión (fantásmico-emocional) nuevo, superior y cualitativamente diferente del anterior (sensorio-perceptual) y debe ser gestionado, por tanto, mediante un proceso de separación-diferenciación nuevo, superior y cualitativamente diferente.

Veamos, para finalizar esta sección, un último punto sobre la diferencia existente entre la constancia del objeto *físico* (primer fulcro) y la constancia del objeto *emocional* (segundo fulcro). La misma Mahler (1975) reconoce esta diferencia y señala que «la permanencia del objeto [físico] -en un sentido piagetiano- es un requi-

sito necesario, pero no suficiente, para el establecimiento de la constancia del objeto libidinal». Esta diferencia resulta dramáticamente evidente en el desarrollo cronológico real ya que, como ha demostrado Piaget (1977), la constancia del objeto físico se logra alrededor de los dieciocho meses mientras que la constancia del objeto emocional, según Mahler, rara vez se alcanza antes de los treinta y seis meses. Obviamente, pues, se trata de dos estadios de estructuración diferentes.

### *El espectro de los fulcros del desarrollo*

Llegamos ahora a un punto crítico: ¿Acaso existen otros fulcros o puntos críticos de estructuración y diferenciación del self? En este punto, la mayor parte de las teorías de las relaciones objetales son ambiguas y confusas. Hay quienes señalan que el desarrollo fundamental del self tiene lugar alrededor de los treinta y seis meses; otros, en cambio, no parecen prestar la menor atención a los fulcros superiores del desarrollo: «Cuando realmente se alcanza el nacimiento psicológico adecuado -cosa que normalmente ocurre alrededor de los tres años de edad- el niño se halla "en el camino del logro de la constancia del objeto [emocional]". Pero éste no es un punto final sino un nuevo comienzo... y el primer paso es decisivo porque prefigura cómo van a ser los siguientes. Blos [1962] considera que el segundo paso evolutivo fundamental tiene lugar durante la adolescencia. En nuestra opinión, el matrimonio puede suponer también otro nuevo "paso"» (Blanck & Blanck, 1979).

Esta ambigüedad teórica sobre lo que realmente es un «paso» (o fulcro) del desarrollo del self, ha perse-

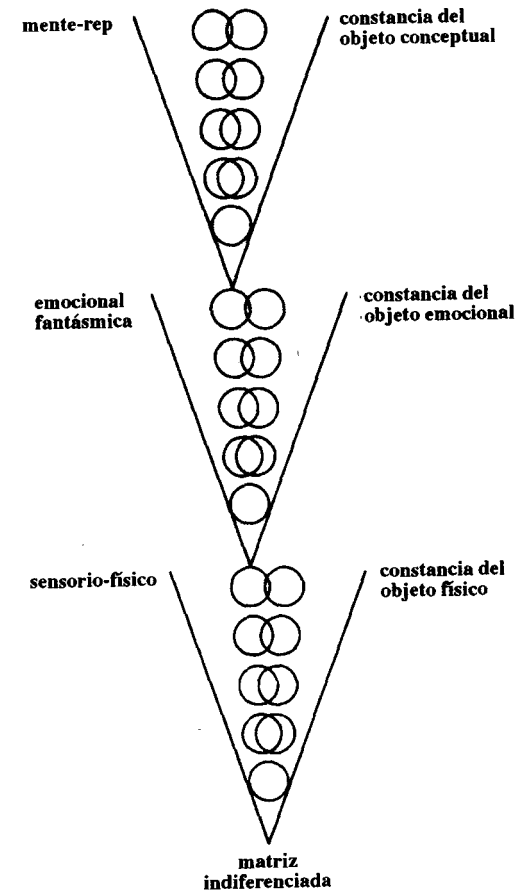


guido a la teoría de las relaciones objetales desde sus mismos comienzos'. Si consideramos al desarrollo como una totalidad, resulta muy pobre *definir* a la «separación-individuación» como algo que ocurre específicamente durante las subfases de reaproximación y consolidación o que «prosigue a lo largo de toda la vida en una secuencia quizás interminable de pasos» -citando vagamente a la adolescencia y al -matrimonio- (Blanck & Blanck, 1979).

Los psicoanalistas de la escuela de las relaciones objetales han focalizado tanto su atención en la forma *concreta* que asume el proceso de separación-individuación durante las subfases de reaproximación y consolidación que parecen haber pasado por alto la posibilidad de describir la subfase de «salida del cascarón» (y no la subfase de reaproximación) como el *primer* escalón fundamental del proceso de separación-individuación. Esto, sin embargo, es lo que parecen reconocer implícitamente cuando denominan al primer fulcro «subfase de diferenciación».

De la misma manera, estas teorías parecen haber señalado también la posibilidad de que la fase edípica pueda ser considerada como un fulcro o punto crucial del proceso de separación-individuación. A fin de cuentas, la fase edípica -a la que también podríamos denominar tercer fulcro fundamental del proceso de desarrollo del self- comparte todos los rasgos y características distintivas propias de los dos primeros fulcros, ya que también implica un proceso de internalización, estructuración, jerarquización, separación-diferenciación e integración creciente. Sin embargo, este proceso tiene lugar en un nivel de organización nuevo, superior y cualitativamente diferente, la estructura básica *emergente* de la mente-

rep conceptual, que trae consigo la posibilidad de nuevos mecanismos de defensas (represión), necesidades, relaciones objetales o posibles patologías (psiconeurosis), cualitativamente diferentes.



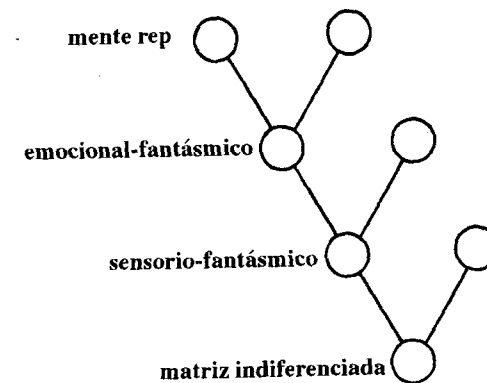
**Figura 5**  
**Diferenciación del Self en los fulcros 1 a 3**

Como ya hemos visto, al finalizar la subfase de separación-individuación (segundo fulcro) el self fantás-mico-emocional del niño se ha diferenciado de su entorno, pero la mente infantil (fantásmica y rudimentariamente simbólica) todavía no se ha diferenciado del cuerpo. Como ilustra el trabajo de Piaget (1977), Loevinger (1976), Broughton (1975) y otros, en la medida en que la mente rep (símbolos y conceptos superiores) emerge, comparte inicialmente esta fusión mente-cuerpo. En realidad, *en Inhibitions, Symptoms and Anxiety* (1959), el mismo Freud había manifestado que la diferenciación decisiva entre el ego y el id no tiene lugar hasta la época de resolución del estadio edípico. Y esto precisamente es lo que está en juego en el tercer fulcro, la diferenciación/integración de la mente (rep) y el cuerpo (emocional-libidinal). Una lesión evolutiva en este fulcro produce una *estructura del self neurótica* en la que el self central permanece fijado (conservación mórbida) a ciertos impulsos corporales o bien los reprime y los disocia (negación mórbida). En el caso de que este tercer fulcro sea superado de la manera adecuada, la mente y el cuerpo se diferencian e integran claramente en la nueva y supraordenada estructura conceptual del self, con una nueva y superior internalización (superego), cuyos rasgos característicos son la *constancia del objeto conceptual*, la posibilidad de elaborar *conceptos globales*, o clases, sin que los deseos libidinales confundan o colapsen sus distintos componentes. Como demostró Piaget (1977), la constancia conceptual no aparece hasta el sexto año de vida y va acompañada de nuevas capacidades, tales como la conservación-reversibilidad es decir, la posibilidad de mantener la propiedades conceptuales a pesar de los desplazamientos físico y emocionales.

Añadamos ahora este tercer fulcro al diagrama de desarrollo del self que mostramos en la Figura 5 y resumamos esquemáticamente todo lo visto en la representación que nos ofrece la Figura 6.

### Recapitulación y síntesis de las diferentes teorías

Comencemos resumiendo las implicaciones que se desprenden de nuestro intento de coordinar los hallazgos de la psicología evolutiva psicoanalítica y la teoría de las relaciones objetales con las estructuras o estadios básicos de la conciencia: *Los primeros tres fulcros del desarrollo del self simplemente representan el ascenso del self a través de los tres primeros peldaños de la escalera de las estructuras básicas fundamentales* (Figura 1).



**Figura 6**  
*Esquema del desarrollo del Self en los fulcros 1 a 3*

En cada uno de los fulcros, el self se identifica (conservación normal) con la correspondiente estructura básica y entonces se funde, o se indiferencia, inicialmente de ella y de sus objetos fenoménicos. Luego sigue un período de separación-individuación (negación normal) por medio del cual el sistema o estructura del self aprende a diferenciarse tanto de los *objetos* propios de ese nivel como del *sujeto* propio del nivel anterior (es decir, trasciende su identificación previa y exclusiva con la estructura básica previa e inferior). Sin embargo, el surgimiento del fenómeno de la conservación mórbida (fijación), o de la negación mórbida (división, disociación, represión), termina determinando la aparición de una patología característica ligada al nivel de organización estructural en el que tiene lugar la lesión.

Como ya hemos dicho, los primeros tres fulcros y sus patologías asociadas (psicótica, borderline y neurótica) se corresponden con las tres primeras estructuras básicas o peldaños de la escalera del desarrollo global representada en la Figura 1. En la segunda parte señalaremos que cada una de las siguientes estructuras, o peldaños fundamentales (niveles 4 a 9) implican un nuevo fulcro crucial de desarrollo del self y que las lesiones en cada uno de esos fulcros origina patologías muy concretas y definidas (las cuales, a su vez, exigen también el uso de modalidades de tratamiento, o intervenciones terapéuticas, diferentes). En la Parte II describiremos los fulcros superiores -sus características, sus conflictos típicos y sus correspondientes patologías- y en la Parte III señalaremos los tipos de «terapia» que parecen más apropiados para cada una de ellas.

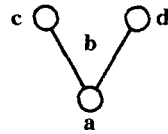
Pero volvamos nuevamente a nuestro tema para finalizar la descripción de los tres primeros fulcros y de

sus patologías asociadas, para lo cual deberemos considerar el trabajo de Otto Kernberg.

### *La jerarquía convencional de la patología: el trabajo de Otto Kernberg*

Para discutir las patologías específicas que acompañan a las posibles malformaciones de cada uno de los fulcros de desarrollo del self convendrá ponernos de acuerdo en unos pocos puntos. El punto «a», de la Figura 7, representa la fusión inicial, o el estado indiferenciado, propio de cada fulcro; «b», por su parte, representa el proceso de separación-individuación; «c» se refiere al self estable, diferenciado e integrado que emerge cuando se supera adecuadamente cada uno de los fulcros; y «d», por último, representa el mundo objetual diferenciado e integrado correspondiente a ese fulcro. (Así, por ejemplo, la expresión «Fulcro la», o simplemente F-la, se refiere a la fase autística; F-2b a la subfase de reaproximación; F-2d se refiere a la constancia del objeto emocional; F-3b a la fase edípica; F-3c al self estable de la mente rep conceptual, sucesivamente). De este modo podemos resumir de manera sencilla la tarea evolutiva propia de cada fulcro diciendo que consiste en una diferenciación horizontal entre «c» y «d», y en una diferenciación vertical concomitante entre «c» y «a». A esto último es a lo que, en otro lugar, hemos denominado «trascendencia» (Wilber, 1980a).

La discusión previa resume brevemente la visión de Mahler sobre los tres primeros fulcros del desarrollo. Pero quizás el mapa más sofisticado y comprehensivo de la patología propia de estos reinos provenga de Otto

**Figura 7****Subfases de cada uno de los fulcros del desarrollo del Self**

Kernberg, quien nos ha proporcionado una «teoría muy difundida y aceptada sobre 1) el origen de las "unidades básicas" (imagen del self, imagen del objeto y disposición del afecto) en las relaciones objetales internalizadas; 2) el desarrollo de la diferenciación e integración de cuatro estadios fundamentales; 3) la relación existente entre los posibles fracasos en el proceso de diferenciación e integración, y la cristalización de los diferentes tipos de psicopatología; y 4) las implicaciones de esta secuencia de fases en el desarrollo estructural general del aparato físico» (1976).

Abend (1983) resume del siguiente modo los estadios del desarrollo del self presentados por Kernberg y su correspondiente psicopatología:

**Estadio 1: «Autismo» normal o estadio primordial indiferenciado:** Esta fase abarca el primer mes de vida y precede a la consolidación de la «buena» constelación indiferenciada entre self y objeto. Los trastornos del desarrollo en este estadio y la fijación en él son característicos de las psicosis autísticas.

**Estadio 2: «Simbiosis» normal:** Esta fase se extiende desde el segundo mes hasta los seis o siete meses de vida. Los traumas y las frustraciones severas que tienen

lugar en este estadio ocasionan una patología caracterizada por la diferenciación incompleta entre el self y las representaciones objetales y la persistente tendencia al rechazo defensivo del «buen» self y de las «buenas» imágenes objetales. La fijación patológica, o la regresión al estadio 2, por su parte, es propia de la psicosis simbiótica de la infancia, la mayor parte de las esquizofrenias adultas y las psicosis depresivas.

**Estadio 3: Diferenciación entre el self y las representaciones objetales:** Este estadio comienza alrededor de los ocho meses y finaliza entre los dieciocho y los treinta y seis meses de vida concluyendo con la integración entre las «buenas» y «malas» representaciones del self en un concepto integrado del self [debe tratarse de una «imagen del self», ya que los conceptos no aparecerán hasta el cuarto año de vida, aproximadamente], y la integración entre las representaciones objetales «buenas» y «malas» en una representación objetal «global» [integra, no parcial]. Cualquier fracaso en el desarrollo durante este estadio conduce a los trastornos propios de las organizaciones borderline de la personalidad. [En esta categoría general Kernberg incluye los síndromes borderline, las adicciones, los trastornos narcisistas, los desórdenes de la personalidad antisocial. En su opinión, todos estos desórdenes constituyen un fracaso en la integración de las imágenes parciales del self y de los objetos «totalmente buenos» y «totalmente malos»; es decir, todos ellos se caracterizan fundamentalmente por la división.] Durante este estadio comienza a funcionar un sistema rudimentario de defensas que se centra fundamentalmente en la división o disociación primitiva, que fomenta la presencia de otros mecanismos de defensa

tempranos como la negación, la idealización primitiva, la identificación proyectiva, la omnipotencia y la devaluación.

*Estadio 4: Desarrollo de las estructuras derivadas de las relaciones objetales intrapsíquicas:* Este estadio comienza al final del tercer año de vida y discurre a lo largo de todo el período edípico. La psicopatología típica característica de este estadio está representada por las neurosis y las patologías caracteriales de «alto nivel». La principal maniobra defensiva propia de este estadio es la represión.

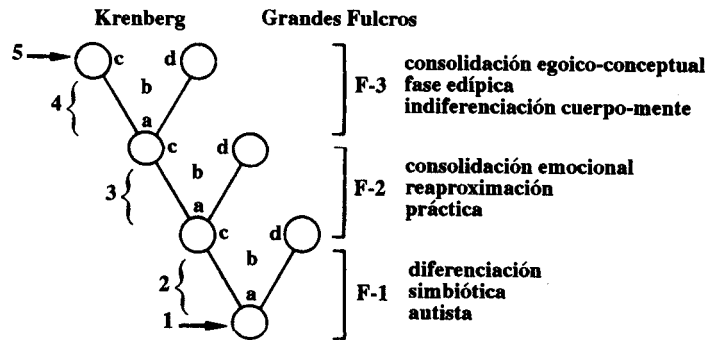
*Estadio 5: Consolidación del superego e integración del ego:* Se trata de un estadio evolutivo [postedípico] en el que la identidad del ego va desarrollándose progresivamente.

Como evidencia la Figura 8, el esquema evolutivo de Kernberg se adecúa exactamente a nuestros tres primeros fulcros del desarrollo. Adviértase que el Estadio 5 de Kernberg (F-3c), «la consolidación del superego y la integración del ego», constituye, en realidad, una consolidación o integración que no debemos confundir, en modo alguno, con el Fulcro 2c, la consolidación-integración del self emocional-fantásmico, ni con el Fulcro 1c, la consolidación-integración del self sensorio-físico.

La coincidencia sustancial entre los estadios evolutivos y diagnósticos que nos ofrece Kernberg y los tres primeros fulcros de desarrollo del self exige una precisión de nuestra parte ya que, como ha señalado Masterson (1981), las condiciones narcisista y borderline, aunque muy estrechamente relacionadas, corresponden a estadios evolutivos diferentes. Según Masterson, las con-

diciones fronterizas tienen su primera lesión evolutiva en la subfase de reaproximación (F-2b) mientras que las condiciones narcisistas, por su parte, deben asentarse en una lesión evolutiva *previa* (es decir, en la subfase de ejercicio, F-2a). De este modo, la condición narcisista está marcada por la fusión entre el self grandioso y el objeto omnipotente que caracteriza a la subfase de ejercicio (como dijo Mahler: «¡El narcisismo se halla ahora en su cúspide!»). La subfase de reaproximación, por su parte, está marcada por la ruptura, por la diferenciación, de la fusión entre el self grandioso y el objeto omnipotente y, por consiguiente, según Masterson, no puede constituir una lesión característica de los trastornos narcisistas. Como dijo el mismo Masterson: «La fijación de los trastornos narcisistas de la personalidad deben ocurrir antes [de la crisis de reaproximación] porque, desde un punto de vista clínico, el paciente se comporta como si la representación objetal fuera una parte integrante de la representación del self, una unidad dual omnipotente. En este tipo de pacientes, no parece posible la existencia de una crisis de reaproximación. Persiste todavía la fantasía de que el mundo es su concha y el sujeto se resiste contra él». El borderline, por su parte, «se comporta como si toda la vida fuera una interminable e irresoluble crisis de reaproximación». Así pues, según Masterson, el Fulcro 2a es responsable de los trastornos narcisistas mientras que los trastornos borderline, por su lado, se asientan en el Fulcro 2b.

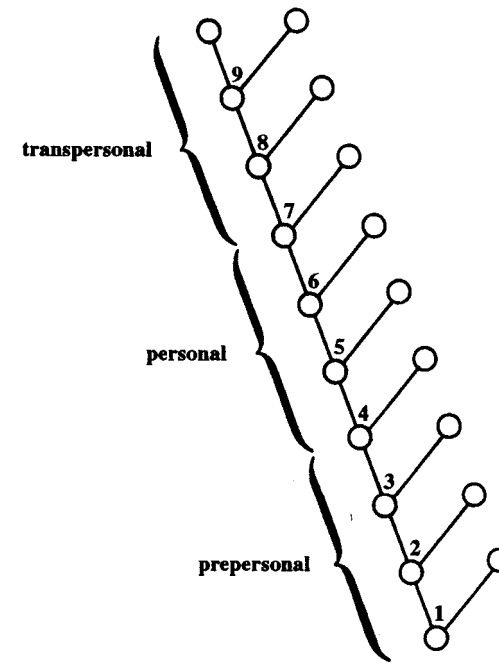
Adviértase que, en términos generales, dentro de cada uno de los fulcros existen tres subfases: la subfase «a», que representa la base indiferenciada del fulcro; la subfase «b», que representa el proceso de separación-individuación *vertical y horizontal*; y la subfase «c/d», que



**Figura 8**  
**Adecuación de los estadios de Kernberg a los fulcros 1 al 3**

representa la resolución ideal, la consolidación y la integración de un self y de un objeto nuevo, claramente diferenciados. Esto ocurre en cada uno de los tres fulcros y, por consiguiente, en cada una de las nueve subfases que hemos mencionado en la Figura 8.

La Figura 8, por tanto, resume las «coincidencias» existentes entre las escuelas convencionales (representadas por Kernberg y Mahler) y los tres primeros peldaños (y fulcros) del modelo espectral que presentamos en el capítulo 1. Reiteremos una vez más que los tres primeros fulcros (y sus patologías asociadas) representan los tres estadios generales de los reinos prepersonales o prerracionales del desarrollo global. Pero, como señalamos en la Figura 9, todavía nos falta estudiar los tres estadios generales propios del reino personal y los tres estadios generales propios del reino transpersonal. En el próximo capítulo proseguiremos nuestra exposición de los peldaños y fulcros superiores, y de sus patologías



**Figura 9**  
**Los fulcros fundamentales del desarrollo del Self**

asociadas, y penetraremos en las dimensiones contemplativas y transpersonales del crecimiento y del desarrollo humano.

*Resumen*

Esta sección ha sido algo técnica y, por consiguiente, quizás haya resultado algo difícil para el lector carente de formación psicoanalítica. Abordemos, pues,

ahora, la tarea de ofrecer' un breve resumen no técnico de sus puntos fundamentales.

En esta sección hemos examinado la emergencia de una *sensación de identidad* en el ser humano y hemos descubierto que procede a lo largo de tres estadios globales: la emergencia de un *self físico* (de 0 a 1 años), la emergencia de un *self emocional* (de 1 a 3 años) y la emergencia de un *self mental* (de 3 a 6 años). En cada uno de estos estadios del desarrollo, el individuo debe aprender a distinguir el self del entorno, de los demás y de otras estructuras presentes en su propio psiquismo. En el caso de que esta diferenciación fracase, el individuo permanecerá atado (fijado) a ese estadio y esa fijación supondrá una perturbación psicológica correspondiente.

Así pues, aunque el niño nazca con un cuerpo físico, eso no significa, no obstante, que posea un *self físico* separado de su entorno, ni tampoco que pueda distinguir fácilmente el interior del exterior, ni su propio cuerpo del cuerpo de su madre. Pero algo ocurre durante el primer año de vida -normalmente entre los cinco y los nueve meses de edad- y el niño comienza a distinguir (o diferenciar) su self físico del entorno físico y entonces comienza a emerger (en una fase denominada adecuadamente «salir del cascarón») una verdadera sensación de identidad física. Por otra parte, en el caso de que los traumas severos y reiterados o cualquier otro tipo de perturbación imposibiliten esta diferenciación, el niño permanece «atado» al estadio indiferenciado anterior de «fusión» confusa entre el interior y el exterior, un estadio en el que predominan los procesos de pensamiento alucinatorio acompañados de ansiedad o depresión severa. Este tipo de patología severa y primitiva es conocida como «psicosis».

Una vez que el self físico ha emergido y se ha consolidado, comienza a emerger y a desarrollarse el *self emocional*. Es muy posible que el niño posea emociones desde que nace pero lo cierto es que, hasta este momento, no ha poseído un self emocional distinto y separado. Incluso después del primer año de vida, cuando el niño ha establecido (idealmente) un self físico claro y distinto, sus emociones no se han diferenciado todavía claramente de las emociones de los demás (en especial, de la madre). El niño cree que los demás sienten lo mismo que siente él (lo que se llama «narcisismo»), y sus «fronteras emocionales», por así decirlo, son todavía muy permeables y fluctuantes.

Pero algo ocurre entre el primer y el tercer año de vida (una época en la que el período más crítico parece tener lugar durante la llamada crisis de «reaproximación», entre los 18 y los 24 meses), donde el niño aprende a diferenciar su vida psicológica emocional de la de los demás (particularmente de su madre) y entonces emerge un self emocional estable, firme e individual. El fracaso en lograr esta «separación-individuación» deja al individuo con fronteras emocionales muy endebles. En tal caso, el mundo tiende entonces a «inundar» al self, generando ansiedad, depresión y graves perturbaciones del pensamiento, un tipo de patología vagamente descrita como «borderline» (porque es fronteriza entre la psicosis y la neurosis).

Una vez que el self emocional ha emergido y se ha consolidado, comienza a aparecer y a diferenciarse progresivamente el *self mental* del niño, un proceso que se ve favorecido por la adquisición del lenguaje. El self mental madura de manera particularmente rápida desde el tercer al sexto año de vida, un período durante el cual

el niño no aprende tanto *a sentir* como *a pensar*, a verbalizar, a hablar y a controlar mentalmente su conducta. Pero también aprende que ciertos sentimientos y conductas (especialmente los sexuales y agresivos) son inaceptables para quienes le rodean y debe intentar «desapropiarse» de ellos o «reprimirlos». En cierto sentido, el self mental (y los pensamientos) aprenden a reprimir el self emocional previo (y sus sentimientos). En el caso de que esta represión sea severa y persistente, los sentimientos reprimidos pueden regresar en la forma disfrazada y dolorosa conocida con el nombre de «neurosis» (fobias, compulsiones, obsesiones, histerias, etcétera).

Así pues, durante los seis o siete primeros años de vida, existen tres «momentos críticos», tres fulcros del desarrollo particularmente importantes: la emergencia del self físico, la emergencia del self emocional y la emergencia del self mental. La aparición de perturbaciones en cada uno de estos momentos clave termina ocasionando un tipo (o nivel) especial de patología: psicosis, borderline y neurosis.

Como veremos concretamente en la Parte III del libro, existen modalidades de tratamiento adecuadas a cada una de estas patologías. El tratamiento de elección para las neurosis es el «descubrimiento» y la reexperimentación directa de las emociones y sentimientos reprimidos mediante las denominadas «técnicas de descubrimiento» (como por ejemplo, el psicoanálisis clásico). En el caso de los trastornos borderline, o fronterizos, el problema no radica tanto en la represión del self emocional sino en que el self emocional no ha emergido ni se ha estabilizado todavía plenamente y, por consiguiente, que las fronteras emocionales son demasiado

permeables y cambiantes. Así pues, el objetivo de las terapias de elección para este nivel no apunta tanto a «descubrir» como *a construir* una sensación de identidad distinta e individualizada mediante técnicas conocidas con el nombre de «técnicas de construcción de estructura». Finalmente, las patologías muy primitivas (psicosis) suelen ser severas a la hora de resolverlas: las técnicas de descubrimiento y las técnicas de construcción de estructura son de muy poca utilidad y el tratamiento de elección hay que buscarlo en la estabilización farmacológica o, en el caso de que sea preciso, la reclusión y custodia en alguna institución.

Hemos visto que los tres primeros «fulcros» de desarrollo del self conducen a la emergencia progresiva de un self físico, de un self emocional y de un self mental. En el siguiente capítulo veremos que el self mental, a su vez, atraviesa tres estadios o fulcros del desarrollo principales (el concreto, F-4; el formal, F-5 y el integrativo, F-6), y que después el self ingresa en lo *transmental* (transracional o transpersonal) y penetra en los dominios contemplativos o espirituales del desarrollo. Cada uno de estos fulcros y niveles superiores tiene sus posibles patologías y sus correspondientes modalidades de tratamiento, que discutiremos con más detalle en la Parte III.